

Nugués.—Examinando su situación y la de las personas que se veían envueltas sin saberlo, en aquel drama siniestro, juzgó que lo mejor era no desistir de su viaje como médico de Marta Valdengros, y callar absolutamente lo ocurrido.—Hizo muchas reflexiones mentales sobre la perversidad que á veces reviste la naturaleza humana desde la primera edad; pero no se le ocurrió reflexionar que bien podían las monstruosas proposiciones de Rodolfo haber sido un tanto estimuladas por el Dr. Nugués, con sus vanos alardes de una moral liviana, que, en el fondo, no era la de su corazón!

(Continuara).

LOS VOLATINES

SI les decíamos cuando éramos muchachos todos los que hemos llegado ya á los treinta, dejando tras de nosotros dos generaciones que no juegan, ni van al Circo, ni se divierten como nos divertíamos los de aquel buen tiempo de la cometa y de los napoleones de á cobre, única golosina con que nos regalábamos los domingos cuando salíamos al campo, allá lejos, donde está ahora el Hospital Italiano, que era entonces un potrero que se prolongaba hasta el Cementerio, cruzado de setidas estrechas y lleno de barrancos por cuyas laderas nos dejábamos rodar hasta el fondo.

Qué alegría cuando se anunciaba una compañía de volatines! Instalaban su toldo en el hueco que hoy ocupa ese inmenso edificio de cuatro pisos al lado del Almacén de la Sirena, ó en la esquina donde se levanta el palacete de Don Carlos Castro, y se llenaban las débiles graderías de espectadores, entre los que nos llamábamos todos los compañeros de colegio con un silbido especial, toque de reunion que nos servía para no perdernos en los entreveros de la muchedumbre.

Pobres volatines aquellos! No conocían el triple trapecio, ni la zampillaerostación, ni el Salto del Niágara, ni el doble salto mortal, ni ninguna de esas maravillas que el arrojio y la habilidad han alcanzado á realizar en estos tiempos. Entonces todo era primitivo, infantil, algo que hoy sería sencillamente grotesco. Los Domingos, por la mañana, salía el payaso todo pintarrajeado y vestido de mogiganga, y recorría las calles montado á caballo, anunciando á gritos la funcion de la tarde, haciendo muecas y contorsiones ridiculas, montándose con la cara vuelta hácia el anca del pobre caballo, sentándose á mujeriegas, y haciendo todo género de gracias que festejaba ruidosamente la cohorte de chicuelos que lo seguía con la boca abierta, y se iban tras de él cuádras y cuádras, aumentando el séquito á cada paso con los refuerzos que salían de cada conventillo, advertidos por algunos de esos pilluelos que en el exceso de su alegría quieren que todos participen de ella, y corrían adelante anunciando á gritos de puerta en puerta: el payaso! el payaso!

Aquellos eran payasos legítimos poseionados de su papel gracioso, sin más habilidad que la de darse de narices contra el palo que sostenía el toldo, no como los clowns de ahora que son músicos y equilibristas. Aquellos eran de otro género: cuando la bailarina subía á caminar sobre la cuerda tirante, el payaso remedaba sus vacilaciones en el suelo, haciendo como que llevaba en la mano el balancín, y á lo mejor, se dejaba caer cuan largo era, y se levantaba dando grandes alaridos y llevando la mano á la parte que fingía lastimada.

La funcion empezaba siempre con una serie de saltos y volteretas en que tomaba parte toda la compañía. Desde el callejon que conduce al interior, tomaban envion los gimnastas, pisaban en el trampolin, y hacían su pirueta uno tras otro, hasta que llegaba el turno al payaso, que empezaba por medir las distancias, se escupía en las manos como para no resbalar, arrancaba en falso dos ó tres veces, y por último tomaba la carrera, llegaba al trampolin. y se sentaba allí comodamente, haciendo cuartas de narices al respetable público, que festejaba la travesura con grandes risotadas. El programa se reducía á ejercicios sencillos en el trapecio; la *percha escocesa*, que consistía en sostener un palo largo en el estómago, mientras hacia pruebas en la punta un muchacho; juegos malabares con los piés, haciendo saltar pelotas y girar una tranca

llena de cintas y cascabeles; otros subían por un plano inclinado caminando sobre un globo de madera, y á la terminacion de cada ejercicio, el volatin sonreía al público y le tiraba besos, demostracion que era correspondida con una salva de aplausos que se prolongaba hasta que volvía á salir el artista y hacia un nuevo saludo dando volteretas y saltos.

El primer circo con caballos de que liago memoria fué el de *Spalding and Rodgers*, allá por el año 61 ó 62 si mal no recuerdo. Se instaló el toldo en el ángulo de la plaza Independencia frente á la Lotería; era una gran carpa, la más grande que habíamos visto hasta entonces, coronada la punta del cono con una asta en que flameaba un gallardete, en cuyo campo rojo se destacaba en letras blancas el nombre de los directores.

Mister Rodgers era el que dirijía el espectáculo, con su gran leviton, sus botas de charol y un largo látigo que hacía chasquear á cada momento para activar ese galope pesado de los caballos de circo, que van al compás de la música, sofrenados por las riendas atadas á la plataforma sobre que hace sus piruetas la pruebista. La reina del circo era *Miss Kate*, una muchachona norte-americana bastante bien parecida, que trata al retortero á más de cuatro, deslumbrados todos los *pollos* de la época por aquellas vapórosas polleras de tul moteado de oro, que volaba al compás de los saltos que daba la pruebista, atravesando arcos forrados de papel.

Allí era el aplaudir de todos, esforzándose cada cual por hacer más ruidosa su manifestacion, deseosos de atraerse una mirada reconocida de aquella beldad acrobática que andaba por los aires mostrando lo que Dios le había dado, con gran escándalo de los viejos, que escandalizados y todo, seguían, sin perder una, todas sus piruetas, y la aplaudían tambien de buena fe.

Hiram era un caballo blanco, con una mancha negra en el anca, y fué el primer caballo pruebista que vimos en Montevideo. Bailaba un waltz dando vueltas al compás de la música, subía una escalera, y tiraba un tiro. El payaso disputaba con el director sobre las habilidades del animal, apostaba á que él le haría hacer las mismas pruebas, y cuando se acercaba al caballo, éste lo atropellaba mostrándole los dientes y arrugando las orejas, hasta que el payaso, amenazado de cerca, se metía entre el público haciendo toda clase de aspavientos, con gran contento de los muchachos á quienes tocaba en suerte quedar junto á aquel para ellos fantástico personaje.

El payaso! Para el muchacho, no hay gloria como la de ser su amigo, conversar con él, interiorizarse en los secretos de sus pinturas y sus mamarrachos. Para un chicuelo, entrar en la relacion de los pruebistas es como para un jóven entrar entre bastidores, hablando de cerca á las heroínas del tablado, prestigiadas á sus ojos con las regias coronas de carton dorado y los mantos orlados de piel de gato semejanado armiño.

En su casa el muchacho se tizna la cara como el payaso, reproduce sus saltos y volteretas, y hasta se da de golpes por imitar á aquel tipo éstrafalario. Todos los de mi camada éramos amigos del payaso de *Spalding and Rodgers*. El nos contaba todas las interioridades del circo, nos anunciaba las novedades que iban á exhibir, y nos detallaba la vida íntima de cada artista, escuchándolos todos nosotros con tamaños ojos abiertos como para no perder ni un gesto de su relacion.

Y despues ¡qué importancia nos dábamos con los compañeros á quienes repetíamos lo que hablamos oído! Como contaba cada uno un detalle, y rectificaba el otro, y disputábamos todos sobre si era éste ó aquel el que iba á saltar por un arco de fuego!

El *Wildfire* era otro de los caballos del circo: un potro negro y lustroso como el azabache, de crines y cola ondeadas, altivo y fogoso, que recorría á escape el redondel, en pelo, haciendo pruebas sobre su anca redonda un jóven esbelto. Despues, Mr. Rodgers le sacaba el freno, y el *Wildfire*, completamente desnudo, pasaba como un turbion dando vuelta por la orilla de la arena, volando las crines, la cola tendida, sentado el ginete sobre al cuarto trasero, con los brazos cruzados, como clavado allí por la fuerza centrífuga, que obligaba al mismo caballo á correr completamente inclinado hácia el centro, en medio de los *heih! heih! gol quick!* y los chasquidos continuados del látigo con que el director lo animaba, seguido del payaso y de los mozos de cuadra ves-

tidos de librea roja, dando todos vueltas al rededor del mástil del circo, en tanto que la música tocaba una galopa violenta, infernal, vertiginosa como la misma carrera del *Wildfire*, que sudoroso y con las narices abiertas, seguía disparando, echado casi contra el suelo, haciendo saltar con las patas el serrín del piso, cada vez más fogoso y ligero, perseguido por los fustazos del director, y las voces del ginete y del público, que entusiasmado gritaba también: *heih! heih! quick! gol! gol!*

Después la música se apagaba poco a poco, el caballo reírenaba la carrera, y el ginete, falto ya del apoyo que la velocidad le prestaba, se dejaba caer al suelo en medio de los aplausos y de los bravos que lo saludaban, y que él recibía con la cara sonriente, y el pecho palpitando con violencia bajo la malla de seda encañada que lo cubría, mientras el *Wildfire*, libre ya de su carga, salía retozando por el callejón en reclamo de su pesebre.

Qué lejos me parece todo eso! Descubro esos recuerdos en mi memoria con esa vaguedad con que se divisa a la distancia un paisaje, sin poder determinar los detalles, pero sobresaliendo los puntos culminantes: el *Hiram*, Miss Kate, el *Wildfire*, como sobresalen en el hacinamiento de casas de un pueblo los campanarios y los miradores.

Chiarini es de ayer, como quien dice. Yo ya no era muchacho cuando vino por primera vez con su gran circo que instaló en la esquina que hoy ocupa la casa de don Carlos Castro. Traía muchos caballos y muchos probistas, pero no tenía payasos. Sus graciosos eran *clowns*, estos payasos modernos que hacen pruebas y no se dan porrazos como aquellos de mi tiempo. La especialidad que traía era el enano Torres, un monstruo deforme, de cabeza enorme y piernas de a cuarta, con cara de indio, barrigón y cambado, que especulaba con su deformidad, exhibiéndose con trajes grotescos y recitando canciones disparatadas, cuyos estribillos llegaron a ser refranes populares, tal fué la voga que alcanzaron.

En aquel circo, los que se arrastraban toda la simpatía de los muchachos eran un negrillo y una negrilla, equitadores ámbos y muy arrojados en sus suertes. El negro hacía el *Postillon Ruso*, con cuatro petizos, de Cerdeña, maneándolos todos a la vez. Ora se paraba en el anca de uno, y ponía a los otros tres en fila por delante; ora se paraba sobre dos de los petizos, y guiaba a los otros dos; ora ponía los cuatro parejos, y abriéndose de piernas, apoyaba los piés en el anca de los de ámbos extremos, y todo esto al galope, al són de la música, aflojando alternativamente una pierna u otra para seguir el descompasado andar de los petizos.

Después de Chiarini vinieron los Buislay, que trabajaban en el teatro y hacían el *Salto del Niágara*, atravesando toda la sala colgados de un trapecio; y después de los Buislay, los Japoneses, con sus prolijos equilibrios y sus pacientes habilidades, llenas de mérito, pero aburridas, deslucidas, inapreciables para los muchachos que son los que dan vida y animación a esas diversiones.

Todo esto, y mucho más que podría recordar, me lo trajo a la memoria una reciente visita que hice al *Politeama*, donde vi reproducidos el entusiasmo y la algarabía en que yo había sido actor cuando apenas tenía un tercio de los que ya por mí desgracia cuento. Allí vi a los chicuelos siguiendo embobados los arriesgados volteos de los Nelson, enseñoreados del aire como los pájaros, volando de un trapecio al otro y haciendo prodigios de fuerza y destreza, allá, a veinte metros sobre el suelo, suspendidos sobre el abismo, arriesgando a cada instante la vida, despreciando el vértigo, y sonriendo desde allá a sus inocentes admiradores, que a cada habilidad palmoteaban entusiasmados, mientras los gimnastas, sentados con descuido en las débiles varillas del trapecio, descansaban del esfuerzo, la boca entreabierta, jadeante el pecho, temblorosos los brazos, enjugándose el sudor que los bañaba, para en seguida lanzarse a un nuevo ejercicio, más arriesgado y violento que el anterior, verdaderos prodigios de fuerza, de seguridad, de vista y de arrojo que pasman y suspenden a todos.

Vi también a los músicos, esos músicos especiales de circo, que se saben de memoria las piezas, y que familiarizados ya con el espectáculo, ni siquiera miran a lo que pasa, ocupados en soplar sus instrumentos de cobre, chillones, destemplados, que acompañan con notas

sueñas el canto del clarinete y del piston. De repente, en medio de una de esas suertes prodigiosas que tienen suspenso al público, los instrumentos se apagan poco a poco, el clarinete enmudece, el piston se debilita, y solo el trombon sigue marcando el compás con sus notas graves, mientras el director de orquesta, alarmado con la distracción de sus músicos que miran embobados al trapecio, agita la batuta con furia, grita, pateo y se desespera al ver comprometida su habilidad profesional, firmemente persuadido de que el respetable público está muy preocupado de la música, siendo así que nadie oye ni siente nada, fija la vista en los audaces acróbatas suspendidos sobre el vacío sin más apoyo que la punta de un pié.

En esos ejercicios son sorprendentes los Podestà, dos jóvenes hijos del país, formados por sí solos, y que llevados de la emulación, ejecutan todos los ejercicios que han visto hacer a los más afamados artistas. Todas las habilidades de los Buislay, los Lees, los Amato, Victory Niblo, y de todos los reyes del aire que nos han visitado, las ejecutan los Podestà con pasmosa destreza, en el trapecio, en la barra fija, en el suelo, rivalizando con los mejores en fuerza y en agilidad, reuniendo ellos, solos lo que era una especialidad en cada uno de los otros, hermanando el vigor y la gracia, sonrientes en medio de los mayores esfuerzos, bien plantados ámbos, esbeltos, el pecho saltado, nervudos los brazos, los jarretes finos, y todas las formas modeladas con perfiles de estatuas.

Todos los muchachos los conocen, son sus amigos, sus camaradas, y aprenden con ellos a pararse con las manos y a dar saltos mortales, juegos en que se ejercitan en los sitios vacíos, donde reunidos en grupos de veinte y treinta, hacen sus pruebas, dando tumbos en la arena, tratando de imitar lo que han visto en el circo.—No son necesarios los anuncios para saber cuando hay entre nosotros una compañía acrobática. Basta recorrer los barrios apartados y allí se verá a todos los muchachos ejercitándose en juegos gimnásticos. Este que se para de manos sujetándose con los piés en la pared; el otro dando saltos mortales, aquel caminando sobre los rieles del tren equilibrándose con los brazos abiertos, y todos cantando o silbando la canción del payaso: *No si purriá, No me caso, o La basura*, que es la más en voga, y cuyo estribillo repiten todos, cantando con ademanes traviesos y zafados:—

La basura que se barre,
No deja de ser basura,
Y aunque a los aires se suba,
Basura queda en el aire.

moraleja que va aplicada a los pollos pretenciosos y a las viejas coquetas, con esa malicia popular siempre dispuesta a la burla y a la sátira contra todas las ridiculeces sociales.

Pero el gran prodigio del *Politeama*, el ser ideal para los muchachos, es Rosita Nelson, la *chispa eléctrica*, como la apellidan, un prodigio de agilidad y gracia, rival de la célebre Leona Dare, que ejecuta los más sorprendentes ejercicios con pasmosa habilidad. Ahí es el seguirle todos en sus vestiginosos vuelos, con el pecho oprimido, acompañándola con movimientos nerviosos, llenos todos de ansiedad, el circo mudo, la orquesta sorda, y todas las miradas fijadas en aquella altura en que voltea la arrojada *gimmasta*, sonriendo en medio del peligro, hasta que, concluida la suerte, el público traduce su entusiasmo en ruidosos aplausos y en frenéticos hurras que hacen oscilar las luces y temblar las planchas del tinglado en que rebota el clamoreo de quinientas voces que victorean a la reina del aire.

Muere aquel primer estrépito de aplausos, y renace nuevamente iniciado por los chicuelos que encuentran placer en palmotear con sus manecitas soprosadas, riendo de entusiasmo con sus caritas animadas por la alegría, sin darse cuenta del riesgo que corre su heroína.

Feliz edad esa en que la suprema felicidad es ir a ver a los volatines, siguiendo con absorbida curiosidad todas sus volteretas: las vueltas del trapecio, los molinetes de la barra, los desgoznamientos del hombre de goma que se pone los piés en la cabeza, o enarcándose de espaldas toma con la boca un vaso colocado entre los piés, el pecho hundido, saltadas las puntas de las costillas, tirantes como cuerdas las venas del cuello, des-

garbado en todo sus movimientos y la sonrisa triste, como si el esfuerzo le quitase todo aliciente de agradar.

Pobres volatines! Ahora que puedo darme cuenta de las penurias de su vida, que arriesgan à cada instante para apenas ganar con qué sustentarla, yo los recuerdo con cariño, agradeciéndoles las horas felices que les debo en aquel tiempo de los payasos que ya pasó para mí y para todos los que conmigo compartian aquellas inocentes alegrías que se fueron, y que, como las golondrinas de Becquer, no volverán!

SANSON CARRASCO.
